

# EDITORIAL

## **HISTORIA Y REIVINDICACIÓN PROFESIONAL A LAS PUERTAS DEL NUEVO ESPACIO EUROPEO DE EDUCACIÓN**

**Antonio Claret García Martínez**

*Profesor de Ciencias y Técnicas Historiográficas.  
Universidad de Huelva*

**Manuel Jesús García Martínez**

*Profesor de Historia de la Enfermería  
E. U. de Ciencias de la Salud. Universidad de Sevilla  
Unidad Docente Matrona. Virgen del Rocío (Sevilla)*

### **HISTORY AND PROFESSIONAL VINDICATION. FACING THE NEW EUROPEAN HIGHER EDUCATION AREA**

Quizás el Hombre esté en las últimas décadas tan deslumbrado con sus avances tecnológicos que va perdiendo la noción de “ser persona” y de su componente espiritual, que es en el fondo el que da equilibrio a la existencia humana y posibilita el alcance de más elevadas cotas de libertad y realización personal.

Olvidamos con demasiada frecuencia que detrás del espejo hay una realidad cuyas formas se transforman, cuyas líneas se tuercen y cuyo sentido no responde necesariamente a nuestra percepción de las cosas. Probablemente por ello, la sociedad occidental sufra en las décadas que se avecinan profundas crisis de identidad que le acerquen más al colapso que a la felicidad que se nos promete.

En torno a 1580, un enfermero castellano, Bernardino de Obregón, fundaba en el Hospital General de Madrid una escuela. En ella se impartía a los niños huérfanos y abandonados de la ciudad una formación elemental en escritura, lectura, aritmética y, lo que era más necesario de todo, se enseñaba a ser personas. Ello abría las puertas a un futuro más esperanzador a quienes nada tenían y poco podían esperar de una sociedad que desde su nacimiento les había condenado a ser despreciados y despreciables. Con esta escuela, Bernardino pre-

tendía, ante todo y sobre todo, devolverles su “dignidad humana”.

Nosotros nos resistimos a ignorar estos hechos; a desconocer el esfuerzo de cuantos profesionales nos han antecedido y han intentado mejorar la calidad de vida de las personas con las que vivieron y compartieron su existencia. Nos negamos rotundamente a perder la experiencia acumulada durante siglos por la Humanidad; saberes que conforman los pilares de nuestra civilización y nuestra realización como especie, para sumergirnos en una amnesia que aniquile la memoria de nuestros abuelos. Queremos avanzar sosteniendo un gigantesco espejo frente a nosotros que nos muestre lo que atrás hemos dejado y sobre lo que hemos cimentado nuestro ser como personas y como profesionales. Obviar esto es condenarnos a nosotros mismos a la más terrible de las cegueras.

Y este posicionamiento se hace más necesario declararlo en voz alta ahora, que estamos viviendo momentos históricos, quizás irrepetibles en muchos años. Se nos brinda la oportunidad de construir un nuevo marco de formación y profesionalización que rebasa las fronteras estatales y procura responder a las necesidades que tiene planteado el recientemente constituido espacio europeo. Y

nosotros debemos hacerlo desde la atalaya que constituye nuestra cultura y nuestro modo de vivir y de sentir, siendo conscientes de la diversidad que conforma la vieja Europa. Los profesionales de la enseñanza, de la gestión y de la prestación de cuidados debemos enfrentarnos al reto de diseñar un modelo que sirva de cauce a la formación de profesionales de enfermería y su inserción en el mercado laboral, sin olvidar el sustrato base primordial: el “ser personas”.

Quizás, uno de los principales problemas con que se enfrenta con demasiada frecuencia la Universidad española es la adaptación continua de sus planes de estudio. Siempre buscando una mejora para los estudios y siempre dejándonos más insatisfechos. Quizás la cuestión estribe en que la cuestión económica acaba pesando más que la estrictamente docente y la situación nos avoca al siempre temido reparto de créditos, que termina imponiendo su ley por encima de ideales y buenas intenciones.

Todo esto no debe frenar los deseos de acometer, una vez más, una intensa transformación de la realidad académica con los instrumentos que nos ofrece el proceso de convergencia europea en materia de educación y las obligadas adaptaciones de los planes de estudio nacionales para hacerlos compatibles con el del resto de los estados europeos. Tenemos la obligación y la responsabilidad de no condenar a las próximas generaciones de estudiantes a unos estudios que tengan tan graves carencias que le hagan aptos para conseguir un salario, pero inútiles para desarrollar su existencia con la dignidad que toda persona merece y necesita.

En este contexto, los profesores e investigadores de la Historia de la Enfermería estamos desarrollando una intensa actividad divulgadora encaminada a situar a la profesión en el lugar que por tradición, dedicación y antigüedad se merece. Traemos a nuestra memoria una conversación mantenida con una matrona, ya muy anciana, sobre sus vivencias, su juventud y sus primeras experiencias de asistencia a parturientas; las enseñanzas recibidas de su tía y cómo han ido cambiando las técnicas con el paso del tiempo, pero que todo ello le ha ido enseñando a madurar y a vivir. Así, las profesiones “también tienen sus vivencias, su

juventud y sus primeras experiencias y todo ello, absolutamente todo, nos enseñan a madurar y a vivir”. La vida humana es un constante proceso de tomar de otros, elaborar nosotros y ofrecer a los demás para que todo siga avanzando. No podemos romper el proceso vital de la experiencia humana.

Afortunadamente, en los últimos veinte años el conocimiento de la Historia de la Enfermería en nuestro país está conociendo un notable desarrollo, y ello debido, en gran medida, a que una parte significativa de los profesionales de la Enfermería han ido tomando conciencia de la importancia que para una profesión tiene situarla en el contexto social adecuado, recuperar los nombres de las personas que han dedicado sus vidas a ejercerla; conocer los avances científicos y técnicos que han ido transformando el ejercicio profesional; los logros en el campo académico y económico y su imbricación con el resto de las profesiones sanitarias y no sanitarias y todos esos aspectos que redundan en la satisfacción de pertenecer a un colectivo profesional que ha ofrecido lo mejor de sí para el desarrollo de su país.

Así, la celebración de congresos nacionales e internaciones; jornadas, reuniones científicas, exposiciones y publicaciones nos está permitiendo romper nuestro ancestral desconocimiento del desarrollo histórico de los cuidados en nuestro país, rescatando páginas de nuestra historia profesional que hasta hace poco eran suplidas con generalizaciones y préstamos de la historia de la enfermería de otros países, que en nada respondían a la realidad ocurrida en nuestro entorno (y es que el desconocimiento hace asumir monstruos ajenos!).

En el seno de toda esta actividad surge un interrogante que nos preocupa de forma especial a quienes tenemos obligaciones docentes: ¿qué presencia debe tener, pues, la docencia de la Historia de la Enfermería en la formación de nuestros futuros estudiantes?, y esta pregunta enlaza, como no podía ser de otra manera, con esta otra ¿qué presencia debe tener la formación humanística en nuestros profesionales? ¿Estamos avocados a convertirnos en meros ejecutores de unas técnicas cada vez más sofisticadas y menos humanizadas (aunque necesarias), o debemos presentarnos antes que nada como personas que se ocupan de la salud de otras y preparados con una formación científica

y técnica elevadas? ¿qué debemos anteponer? O quizás, mejor fuera, aunar...

Estas cuestiones están siendo debatidas en distintos foros, muy especialmente, en el seno del *Seminario Permanente para la Investigación de la Historia de la Enfermería*, que, con sede en Madrid, agrupa a un conjunto cada vez más numeroso de investigadores, docentes y convencidos humanistas de toda España. Se reflexiona sobre la necesidad de situar los estudios históricos de la profesión enfermera en el marco adecuado para conseguir que los enfermeros obtengan una formación integral, plural y acorde con el “ser persona”, teniendo en cuenta que, una vez que nos quitamos el uniforme de trabajo, seguimos siendo los mismos, con nuestros problemas y con nuestras mayores o menores capacidades para enfrentarnos a ellos y resolverlos; consumidores también del mismo servicio que prestamos y con las mismas o similares necesidades que aquellos a quienes cuidamos. Buscamos por ello lo que en distintos foros de la Historia de la Enfermería, la Investigación Cualitativa, Enfermería Transcultural y otras corrientes denominan “conocimiento humanista”, que es “aquel que se centra en la persona como ser complejo en el que la salud es sobre todo una construcción cultural”.

Desde Granada, desde Alicante, desde Sevilla y desde otras localidades, publicaciones con orígenes y principios diferentes coinciden plenamente en estas propuestas; con sus discursos se mueven intenciones y voluntades y esperamos que se contribuya a clarificar y a perfilar las estrategias necesarias.

Pero no podemos olvidar que en gran medida la base de todo el edificio lo constituye la formación académica; barro en el que se moldea gran parte de nuestro ser profesional y, por supuesto, humano, ya que constituyen años decisivos de nuestra experiencia vital. De poco sirven modelos teóricos, reconocimientos de palabra o lamentaciones pasadas, si en los planes de estudio no tienen una presencia real, seria y cimentada los estudios humanísticos. No un simple “estar” para tranquilizar conciencias o disimular voluntades, sino un “ser” con todas las consecuencias y abrir las puertas a futuras investigaciones-reflexiones sobre la profesión, desde el profundo conocimiento de su realidad histórica. Ahí está la obra de grandes médicos

humanistas, como los profesores Laín Entralgo, Marañón y tantos otros que cimentaron una forma de entender la salud y la profesión desde el más profundo respeto a su Historia y a lo que ella puede enseñarnos.

La presencia de asignaturas como *Historia de la Enfermería*, con un reconocimiento de troncalidad, debe jugar un papel de primera importancia en la reflexión formativa que constituye la carrera universitaria del cuidador, no una simple etiqueta con una mínima presencia en el expediente final del enfermero. Debemos procurar abrir las puertas a grados superiores que permita que parte de nuestros profesionales puedan continuar las reflexiones desde la condición humana y no sólo técnica; que puedan encarar las reflexiones con una visión lo más amplia posible, alcanzando desde nuestras orígenes como profesión hasta nuestro presente. Sólo con una visión amplia e integral, resultado de la acumulación de experiencias pasadas y presentes, se podrá avanzar de forma más decidida y segura.

Dicen que no corren buenos tiempos para la lírica..., quizás por ello veamos cada vez más sombras a nuestro alrededor.